



Merci Suárez

NO SABE
BAILAR

MEG MEDINA

GANADORA DE LA MEDALLA NEWBERY

traducción de Alexis Romay

MERCI SUÁREZ
NO SABE BAILAR

MERCI SUÁREZ NO SABE BAILAR

MEG MEDINA

TRADUCCIÓN DE ALEXIS ROMAY



CANDLEWICK PRESS

This is a work of fiction. Names, characters, places, and incidents are either products of the author's imagination or, if real, are used fictitiously.

Copyright © 2021 by Margaret Medina
Translation by Alexis Romay, copyright © 2022 by Candlewick Press

All rights reserved. No part of this book may be reproduced, transmitted, or stored in an information retrieval system in any form or by any means, graphic, electronic, or mechanical, including photocopying, taping, and recording, without prior written permission from the publisher.

First Spanish edition 2022

Library of Congress Catalog Card Number 2021953153

ISBN 978-0-7636-9050-2 (English hardcover)

ISBN 978-1-5362-2815-1 (English paperback)

ISBN 978-1-5362-2438-2 (hardcover)

ISBN 978-1-5362-2673-7 (paperback)

22 23 24 25 26 27 LBM 10 9 8 7 6 5 4 3 2 1

Printed in Melrose Park, IL, USA

This book was typeset in Berkeley Oldstyle.

Candlewick Press
99 Dover Street
Somerville, Massachusetts 02144

www.candlewick.com



A JUNIOR LIBRARY GUILD SELECTION

A LOS FANÁTICOS DE MERCI QUE QUERÍAN
SABER LO QUE PASÓ DESPUÉS...

CAPÍTULO 1

FUE IDEA DE LA SEÑORITA McDaniels que Wilson Bellevue y yo trabajáramos juntos en la Tienda de los Carneros, una tarea que nadie quiere. Que se sepa: yo había pedido ser una de las presentadoras en los anuncios matutinos con mi mejor amiga Lena. Pero ¿a que no adivinas? Los padres de Darius Ulmer decidieron que era hora de que lidiara con sus «problemas de timidez», así que le dieron la plaza a él en vez de a mí.

En todo caso, cuando la señorita McDaniels nos llamó a Wilson y a mí a su oficina, ninguno de los dos tenía ni idea de lo que ella quería, lo que ya de por sí debió haber sido una señal de alarma. Nos sentamos en un banco de madera cerca de su escritorio a las 8:15 en punto, tal y

como decía su nota, ya que la tardanza es el modo más rápido de caerle mal. Es por lo que algunos niños la llaman, a sus espaldas, el Cronómetro.

No se imaginan lo incómodo que fue; Wilson y yo no teníamos nada que decirnos mientras esperábamos. Yo tan solo lo conocía de las clases de educación física y de ciencias naturales, el niño tranquilo con pecas en la nariz y el cabello pelirrojo que lleva a lo natural. También había notado su modo de caminar. Mueve una cadera hacia adelante para que su pierna derecha no tropiece con el piso. Dice que no le duele ni mucho menos. Nació así, nos dijo el año pasado durante una de esas fastidiosas actividades para romper el hielo a las que nos obligan en el primer día de la escuela. En cualquier caso, en realidad no nos habíamos hablado mucho este año. La única otra cosa que sabía de buena tinta es que su familia es cajún y creol de Luisiana. Nos lo dijo la vez que trajo sopa de quimbombó al festival culinario de Un Mundo cuando estábamos en sexto grado. Estaba riquísima, si no te importaba empezar a sudar de pies a cabeza por lo picante que era.

La señorita McDaniels tomó su llavero y nos hizo que la siguiéramos por el pasillo hacia la cafetería, con nuestros mocasines chirriando en los tranquilos corredores.

Unos minutos más tarde, estábamos parados frente a la Tienda de los Carneros, conocido como el clóset de

suministros antes de que el señor Vong y su equipo fuesen promovidos a una habitación más grande cerca del gimnasio. Ahí fue cuando nos dio la mala noticia.

Nos habían reclutado.

—Creo que ustedes dos harían un equipo administrativo muy bueno para la tienda de la escuela —dijo mientras abría la puerta a un espacio pequeñísimo. Una caja de lápices con un cartel que decía INVENTARIO estaba recostada en una pared cerca de las pelusas. Un cajero metálico y una calculadora reposaban en un escritorio desechado y con las patas desniveladas—. Pueden perfeccionar sus habilidades matemáticas y de negocios aquí mismo y, de paso, adquirir experiencia en la vida real.

Intenté mantener mi mirada de odio mortal en el nivel más bajo. En primer lugar, si mis habilidades de negocios estuvieran más afiladas, tendría que inscribirlas como armas, así que muchas gracias. ¿Quién se piensa ella que ayuda a papi a descubrir la solución para ofrecer sus servicios y escribir el material de promoción? Sol Painting, Inc. no tiene cinco estrellas en Yelp por gusto. Y en lo que respecta a Wilson: ya él era un genio en las matemáticas. He escuchado que les da veinte vueltas a los demás estudiantes en la clase de álgebra que toma con alumnos de noveno grado.

Pero lo más grande de todo es lo injusto que era todo

esto. A Lena le tocaron los anuncios matutinos. A Hannah la asignaron de asistente de suministros en el superchê-vere taller de creación, que es nuevo este año. ¿Y a mí? A mí me esperaba una mazmorra que era el cementerio de la diversión... y nada menos que con un varón como mi única compañía.

Wilson se quedó también como una piedra.

—¿No hay otra cosa? —preguntó—. ¿A lo mejor el Club de la Tierra? Yo no tendría ningún problema con enjuagar los reciclables.

Lo miré de reojo y estuve de acuerdo con él en secreto. Incluso lavar cajas de jugo y bandejas plásticas de la merienda parecía mejor. ¿Qué más había que hacer en la Tienda de los Carneros, excepto vender bolígrafos y lápices a niños que los habían olvidado en casa?

Ella frunció los labios.

—Me temo que no. El doctor Newman está muy interesado en mejorar la tienda escolar este año, y a mí me hacen una falta muy especial estudiantes sólidos que sean buenos asistentes en esta tarea.

Nos estaba untando mantequilla como si fuésemos pastelitos. La pregunta era: ¿por qué?

Entonces nos entregó un panfleto de Poxel School, en North Palm Beach. La Plaga, que es como llamamos a esa escuela por estos lares, es nuestra archirrival en todo,

desde el fútbol hasta el paisajismo. ¿Quieres clavarle una estaca en el corazón a nuestro director? Dile al doctor Newman que Poxel es mejor que Seaward Pines en lo que sea. El panfleto mostraba fotos de su proyecto de construcción, recientemente terminado. En el mismísimo centro había una foto de su nueva tienda escolar, que parecía pertenecer al centro comercial de Gardens Mall. Ropa, aparatos electrónicos, un café, sillones puff y todo lo que pueda ocurrírseles. Había hasta un enlace en la red para comprar *online*.

Le solté una mirada desalentadora.

—Le van a hacer falta hacedores de milagro, señorita, no nosotros.

Wilson asintió, respaldándose.

—Ella tiene razón, señorita McDaniels.

Yo casi podía sentir cómo el aire a nuestro alrededor se enfriaba mientras ella achicaba los ojos y se atrincheraba.

—Tal vez yo les pueda persuadir de otro modo. He sido autorizada a ofrecerles un beneficio sustancial si ambos aceptan hacer este trabajo —dijo.

—¿Beneficio? —dijo Wilson.

—Déjeme adivinar —dije, con el alma en terapia intensiva—. Lápices gratis de por vida.

Wilson hizo ademán de reírse, pero la mirada cortante de la señorita McDaniels convirtió mi chiste en pura

ceniza. *Ser maleducado*, como ella dice, está en lo más alto de su lista de cosas que no debemos hacer, especialmente los estudiantes de séptimo grado.

—Con eso no quiero decir que los lápices no sean útiles —musité.

—Mejor que lápices. —Bajó la voz y sus ojos nos miraron fijamente—. ¿Qué le dirían a comer postre gratis a diario en la cafetería? En específico, el pastel de limón de la señora Malta.

La boca se me hizo agua.

Un borde de galletitas Graham. Un relleno agrio y crema batida. Ese es mi punto débil en el comedor, y ella lo sabía. Y por la cara de Wilson, también era el suyo.

A lo mejor podíamos ser socios de negocio después de todo.

—¿Gratis? —Yo siempre traigo mi almuerzo de casa gracias a mami. Jamás me pone golosina dulce.

Asintió lentamente para que digiriéramos la información.

—Todos. Los. Días.

Wilson y yo intercambiamos miradas.

—Está decidido, entonces —dijo la señorita McDaniels con aire de victoria.

A veces tienes malas opciones, pero aun así tienes que escoger; como, por ejemplo, ¿te comes la yuca o el quimbombó en casa de Lolo y abuela a la hora de la cena?

Tienes que sacarle el mayor provecho posible a la situación. Por tanto, eso fue lo que hice.

—Trato hecho —dije. Si me iba a morir de aburrimiento con un niño a quien apenas conocía, al menos habría pastel. Y Wilson, encogiéndose de hombros, dijo que también aceptaba el trato.

CAPÍTULO 2

—¿ASERE, QUÉ BOLÁ? —DICE WILSON. Eso es *hola*. Él no lo sabe, pero me gusta un poco cómo habla en inglés. No pone las *r* al final de las palabras, lo que lo hace sonar parecido al señor Finley, que es de Boston y enseña historia de los Estados Unidos. *Cah. Bah. Fah*, en lugar de *car, bar, far* (para *carro, bar, lejos*). Sin embargo, Wilson no es de Boston. Es de Nueva Orleans, que es cálido y húmedo, al igual que aquí al sur de la Florida. Él dice que no se *pronuncia* nunca *New Or-lins*. Si lo dices así, te corrige, incluso si eres la señorita McDaniels. Lo he escuchado con estos oídos que tengo aquí.

Voy a ser honesta. Al principio a mí no me hizo ninguna gracia eso de trabajar con un niño de séptimo grado

en un espacio reducido, sobre todo por los fastidiosos chistes que ellos tienen con respecto a los pedos y las partes del cuerpo. En sexto grado, la mayoría de los niños eran relativamente normales, pero ya no. Ahora el menú del almuerzo no puede incluir sándwiches de pechuga de pollo sin que ellos se den con el codo entre sí y convulsionen de la risa. Algunos incluso les dan puñetazos a otros varones en sus partes privadas para hacerse los graciosos, como ese tipo en YouTube. Michael Clark se desplomó como un árbol y tuvo que ir a ver a la enfermera cuando Jason Aldrich le pegó luego de esconderse bajo su escritorio. Y Dios no quiera que le gustes a uno de estos niños. Se va a pasar toda la clase diciendo cosas odiosas con tal de que lo mires, incluso si lo que tienes en los ojos son puñales. Más de una niña se lo ha tenido que decir a la maestra o gritar «¡te odio!» para que paren de payasear. Esto es tan confuso. O sea, si quieres gustarle a alguien, ¿no se supone que deberías ser agradable? Se comportan tan mal que las muchachas de las que están enamorados sueñan con matarlos a palazos.

Resulta que Wilson no es así en lo absoluto y este trabajo no es lo peor que le pudiera pasar a una persona. Sus cualificaciones más importantes: no hace comentarios crueles acerca de mi ojo extraviado para después quejarse de que yo no aguanto un chiste. No copia mis pruebas en

ciencias naturales para luego tomar crédito por mis respuestas inteligentes. No acapara la pelota de baloncesto durante educación física para ser él quien tire a la canasta. Además, él es lisa y llanamente una calculadora humana, lo que es algo bueno cuando intentas remodelar un negocio que es un desastre total, como nos ha tocado hacer a nosotros.

Cuelga su mochila en el gancho detrás de la puerta y mira alrededor en busca de un sitio en el cual sentarse. Solo tenemos espacio para una mesa y dos sillas aquí y hoy esto está más atiborrado de lo habitual.

Levanto la vista del letrero que estoy haciendo en el piso.

—Cuidado. Me vas a pisar —le digo.

Sus zapatos están todo arañados, sobre todo el de la derecha, que es más ancho para que quepa el aparato ortopédico que usa para evitar arrastrar los dedos del pie. Además, las suelas están cubiertas de yerba mojada, una señal inequívoca de que no se limitó a las áreas pavimentadas como se supone que hagamos, tal como nos indican los miles de carteles para que mantengamos nuestra escuela hermosa. Eso es una ofensa de nivel uno en el reglamento de la señorita McDaniels. Y si lo sabré yo, que soy más o menos una reincidente en infracciones peatonales.

—Límpiatelos si sabes lo que te conviene —le digo—. Me volvieron a regañar ayer mismo. —La señorita

McDaniels me vio corriendo por el césped porque iba tarde para la clase de inglés.

Wilson no me hace caso.

—¿Y todo esto qué es? —Saca su sándwich y me ofrece la mitad. Jamón y queso, lo mismo de todos los días, y su mamá usa mayonesa sin descremar, así que estoy en el cielo. Al menos está más rico que el bocadito saludable de mami, hecho de pechuga de pavo, con retoños de alfalfa «para que me dé banquete», pues dice que tienen «muchísimos nutrientes». Lo busqué y me enteré de que los retoños están llenos de vitamina K, lo que es útil para los coágulos. Lo cual es útil si me dan una puñalada, supongo.

—Hago espacio para nuevos suministros, por supuesto —le digo, y me doy un buche de mi botella de agua—. Tenemos que desempacar esos borradores tontos antes de que llegue el nuevo inventario. Así que vamos a hacer una liquidación de invierno.

Llevamos semanas a la espera de los muñecos cabezones que pedimos. El musculoso Jake Rodrigo, héroe del universo de los cabezones. Es una idea que vale un millón. Nadie será capaz de resistirlos.

—¿Ah, sí? —pregunta—. ¿Y acaso hicimos una reunión para decidir eso? Déjame pensar...: NO.

Me quito el pelo de la cara y pongo los ojos en blanco.

Él es tan perfeccionista con respecto a estas cosas.

—No nos hacía falta una reunión. Hacía falta acción. Así que lo hice. —Le pongo la tapa al marcador y levanto el letrero.

Arregla tus errores con estilo.

¡Dos borradores por el precio de uno! Mientas duren.

—¿Qué te parece? —pregunto.

—Creo que escribiste *mientras* incorrectamente. Yo pensé que eras buena en idiomas.

Lo miro y hago una mueca. Luego añado unas palabras y vuelvo a levantar el letrero.

—¿Y ahora qué tal?

Arregla tus errores con estilo.

¡Dos borradores por el precio de uno! Mientas duren.

(¿Ves? ¡Un borrador habría sido muy útil!).

Wilson sonrío y se cruza de brazos.

—Los borradores no funcionan con los marcadores.

—No seas quisquilloso —digo. Pero no me importa cuando a veces me embroma. Me esfuerzo en pronunciar *ma-cadores*, así, sin la erre intermedia, tal y como él lo dice.

—¿Y ya hiciste los cálculos de esta supuesta venta que se hace sin mi aprobación? ¿Y si perdemos dinero a esos precios, asere? —Esa es otra de sus palabras de Nueva Orleans que me encanta. Quiere decir que somos

amigos—. El Cronómetro se va a poner como una cafetera.

—¿Me voy a poner como una cafetera, exactamente, por qué, Wilson? Digo, más allá de por esos zapatos cubiertos de yerba que han ensuciado todo el pasillo.

La señorita McDaniels está parada en la puerta con nuestro custodio, el señor Vong, al retortero. Está empujando un carrito lleno hasta el tope de una pila de cajas que son más altas que él. Echa un vistazo a nuestro alrededor y fulmina a Wilson con una mirada de acero.

—Gracias, señor Vong —dice la señorita McDaniels—. Creo que los estudiantes y yo nos las podemos agenciar de aquí en adelante.

Entonces se cruza de brazos y se vuelve otra vez hacia nosotros mientras el señor Vong desempaca.

—¿Decías, Wilson?

Wilson se queda mudo, por supuesto, lo que es una ocurrencia común en encuentros con la señorita McDaniels, sobre todo ya que sus zapatos le han ganado algún tiempo de penitencia, tal y como yo le advertí. Cuando los dos nos ponemos de pie, él da un mínimo pasito a mis espaldas.

Por suerte, yo he tenido suficiente práctica con la señorita McDaniels, así que le puedo sacar las castañas del fuego en esta ocasión.

Voy directo a lo que aprendí en el capítulo «Principios

sólidos en la gerencia» de *La guía de Peterson para crear un negocio*, sexta edición, que he estado leyendo en las noches.

—Oh, hola, señorita McDaniels —digo—. Wilson y yo solo hablábamos de cómo hacer que las cosas estén más organizadas aquí. El reguero hace que luzcamos muy poco profesionales.

—¿Oh? —Echa un vistazo a nuestro reguero.

—Lamento decir esto, señorita, pero esos borradores de copos de nieve que usted compró no se venden y ya estamos casi en febrero. Por suerte, yo tengo un plan para arreglar esa pérdida y desocupar un poco de espacio por aquí.

—Nosotros —dice Wilson, asomándose por detrás de mí—. *Nosotros* tenemos un plan.

Trato de no poner los ojos en blanco.

—OK. Nosotros.

Nos mira por encima de los espejuelos, a la espera, así que alzo mi letrero.

—¡Ta-rá! ¡Una liquidación! ¿Qué le parece?

Lee las palabras y alza las cejas.

—Espero que hayan calculado las finanzas.

Wilson me pellizca el codo, en una movida que me dice a las claras «te lo dije».

—Sí, señorita. Están aquí mismo. —Me agacho hasta

el suelo a buscar entre los papeles emborronados en los que he hecho todos mis cálculos. Los números están garabateados por todas partes porque a veces me toma algo de tiempo dar con las respuestas. No es automático como lo es para Wilson o para mi hermano Roli. Nunca estoy segura al principio de cómo resolver un problema. ¿Sumo resto, divido o qué cosa? Encuentro el papel y entrecierro los ojos para descifrar mi horrible escritura.

—Como yo lo veo, hemos comprado dos mil borradores a diez centavos cada uno, lo que es... una inversión de doscientos dólares. Si los vendemos a *dos* por veinticinco centavos, los venderíamos a..., a... —Me acerco el papel a la cara para leer mis garabatos.

Wilson suspira y da un paso al frente para ayudar.

—Doce punto cinco centavos por borrador. Eso es una ganancia de dos punto cinco centavos por borrador. Lo que, si lo multiplica, le da doscientos cincuenta dólares... o, en específico, un margen de cincuenta dólares.

—Hum, correcto —digo.

Ella cambia la vista de Wilson a mí.

—Impresionante —dice por fin. Luego asiente rápido—. Muy bien, lo voy a permitir.

En el idioma de la señorita McDaniels esto quiere decir *¡qué idea tan genial!* Yo le sonrío a Wilson. Esto se une a otras de mis exitosas sugerencias: las pelotas de estrés con

emojis para la semana de exámenes, que a todos les gustó apretar para hacer que los ojos de los emojis se pusieran del tamaño de huevos; y los bolígrafos con decodificador de espía secreto que se vendieron como pan caliente en tan solo dos días gracias a que a los estudiantes de quinto grado les gustó la tinta invisible.

La señorita McDaniels se vuelve hacia mí y me da un rollo grueso de pegatinas rojas.

—De todos modos, tenemos otras cuestiones más urgentes que conversar.

Miro al rollo.

—¿Y esto qué es, señorita? —pregunto.

—El rollo de entradas para el Baile de los Corazones. San Valentín es en unas semanas. Me hace falta que vendan las entradas al baile aquí en la Tienda de los Carneros durante la hora de almuerzo a partir de la semana que viene.

El estómago me da un vuelco. Odio el Baile de los Corazones. En Seaward Pines, cada grado tiene una tarea especial en aras de fortalecer el trabajo en equipo y el espíritu de su grupo. Los de sexto grado organizan los juegos en la noche del carnaval. Los de octavo grado van a una excursión a San Agustín. Pero ¿qué hacen los de séptimo grado? Estamos a cargo de este ridículo baile de secundaria. ¿Qué clase de regalo especial es eso?

—Pensé que les gustaría —dice la señorita McDaniels—. Hará que los clientes vengan a la tienda.

Es verdad. Pero, por favor, lo del baile no es lo mío, al menos no en público, en donde la gente puede verme alejándose como si fuese un pez agonizando en un muelle. Y, lo más importante, he escuchado que algunos estudiantes planean besarse en ese evento. La simple idea me provoca ronchas.

Por lo que, no, gracias.

Les doy un vistazo a las entradas con aire sombrío.

La señorita McDaniels se cruza de brazos.

—¿Hay algún problema? —pregunta en un tono que indica que no debe haber ninguno, así que me quedo como una piedra.

Suelta un suspiro sonoro.

—¿Acaso esto tendrá algo que ver con lo que conversamos el semestre pasado?

—A lo mejor, señorita —digo—. Tiene que admitir que habría sido más divertido.

Al principio del año, inicié una petición para cambiar el proyecto de séptimo grado. Sugerí nuestra propia versión del *American Ninja Warrior* aquí mismo en el patio interior. Repartí diagramas detallados para la carrera de obstáculos y todo. Obtuve cincuenta firmas de niños que

querían bajar por el edificio de ciencias agarrados de una cuerda, pero aun así ella aplastó mi sueño.

—El Baile de los Corazones es una tradición de Seaward Pines —dice—. Sirve para fortalecer el trabajo en equipo y los buenos modales.

Y también lo organiza Edna Santos.

Ella y yo hemos acordado una tregua, pero no ha sido tan fácil puesto que ninguna de las dos ha tenido un trasplante total de personalidad. Luego de que ella se metiera en problemas por arruinar mi disfraz el año pasado, intentó ser un poquito menos mandona, pero eso duró menos que un merengue en la puerta de un colegio. Mucha gente ya no anda más con ella. Ni siquiera Rachel va con ella a clase. Pero ahora que Edna es la Reina del Baile, parece que eso no le importa. Camina por ahí con un portapapeles y no habla de otra cosa que no sea ese baile tonto. Es gracias a ella que cada pulgada de esta escuela ha sido cubierta con letreros del Baile de los Corazones. ¡Hasta tienen su foto! No puedes ir al baño a hacer pis sin ver la imagen de su cara mirándote y pidiendo que compres entradas. Wilson declara que esto le ha dificultado orinar en la escuela.

Por lo visto, mi cara comunica todo esto, del modo que mami dice que hago, pues la señorita McDaniels me dirige su atención.

—Algunas tareas requieren de nosotros que pongamos a un lado nuestras diferencias personales del pasado, Merci. Las hacemos por el bienestar general de la comunidad escolar, incluso si no son nuestras actividades favoritas. ¿No estás de acuerdo?

No, no estoy de acuerdo, pero en boca cerrada no entran moscas. Yo, en primer lugar, *no* voy a ir a ningún baile tonto, incluso aunque *tenga* que vender las entradas. Mi plan es mirar una película de la nación Iguanador y atracarme con una caja de chocolates variados de Russell Stover que mami y papi siempre me regalan por San Valentín.

Wilson se aclara la garganta.

—¿El comité del baile le pagará a la Tienda de los Carneros por los gastos administrativos?

La señorita McDaniels lo mira por encima de los espejuelos, pero él mantiene la calma.

—Es que la tienda tiene un personal muy reducido y la venta de las entradas tomará tiempo. Eso sin mencionar que esperamos un mes muy atareado con toda la mercancía nueva, ¿recuerda?

—No tengo ninguna duda de que dos estudiantes tan capaces como ustedes dos encontrarán el modo apropiado de ocuparse de varias cosas a la vez.

—Y aun así, parecería justo que nos tocara una tajada

—dice Wilson—. ¿A lo mejor el diez por ciento? —Calcula rápidamente—. Eso sería cincuenta centavos por entrada. Podríamos usar esos fondos para hacer algunos arreglos por aquí.

Me doy la vuelta y lo miro, estupefacta ante sus habilidades de negociador implacable. ¿Acaso también lee *La guía de Peterson*? Y así de repente, mi corazón siente una calidez hacia él.

La señorita McDaniels se cruza de brazos.

—Vale. Si eso hace que sea más agradable para ustedes dos, lo haremos así. La contabilidad reflejará su participación y su apoyo.

Wilson me suelta una sonrisa triunfante mientras la señorita McDaniels se vuelve al bulto de cajas que el señor Vong nos dejó.

—Ahora que ya nos pusimos de acuerdo en eso —dice—, pongamos manos a la obra con estas cajas. Esos lagartos que ustedes pidieron no se van a desempacar solos.

—¿Qué? —Corro a las cajas. Es cierto, la entrega que hemos estado esperando por fin ha llegado. Agarro cuidadosamente un par de tijeras y perforo la cinta adhesiva de la primera caja. Luego desato una tormenta de nieve con la espuma de embalaje con forma de maní mientras excavo para encontrar mi tesoro.

—Oh —susurro al sacar el primer preciado muñeco

cabezón. Esos ojos de reptil. La piel verde pálida. Incluso con los flacuchos brazos plásticos y la cabezona tambaleante, el capitán Jake Rodrigo de la flota del este de la nación Iguanador hace que el corazón me palpite más rápido. Tengo su afiche más nuevo en la puerta de mi clóset, por lo que es la última cosa que veo cada noche. A veces sueño que nos deslizamos por las galaxias combatiendo juntos al enemigo y haciendo planes para salvar al universo de Rotz y demás villanos. A lo mejor él sería mi primer novio: uno bueno, que no contaría chistes de pedos.

Wilson le da un golpecito con el dedo en la barbilla de Jake Rodrigo para que se mueva.

—Pensé que estos jamás llegarían.

Intenta darle una vez más al pequeño capitán, pero lo interrumpo.

—No —digo—. Le podrías hacer daño.

—¿Qué dices? Un muñeco cabezón está hecho para tambalearse, Merci. Es más o menos para lo único que sirve.

Me viro de espaldas mientras siento un calor que me sube por el cuello. Hasta yo misma sé que estoy actuando raro.

Me aclaro la garganta y me vuelvo a la señorita McDaniels.

—Definitivamente deberíamos subirles el precio a

estos —digo—. La película nueva destrozó récords de venta en taquilla, así que todos querrán uno. ¡Podríamos ponerles el precio que se nos antoje! ¡Treinta pesos, incluso cincuenta!

—No vamos a hacer nada por el estilo —dice la señorita McDaniels con delicadeza—. Tal vez en Poxel ellos ponen precios exorbitantes, pero no estamos aquí para aprovecharnos de la gente.

—Pero, señorita. —La miro con exasperación—. ¿Y si ponemos el precio que aguante el mercado? —Ella debe saber a qué me refiero. ¿Acaso no ve los carros nuevos en el parqueo de los estudiantes de doce grado? Aquí la gente puede aguantar muchísimo—. ¿Se le olvidó que esto es un negocio?

—En efecto, y es un negocio con un sentido de la ética. Creo que diez dólares es apropiado. —Sostiene la caja en mi dirección y me señala al muñecón.

A regañadientes, lo dejo caer dentro.

Mientras tanto, Wilson mira el recibo.

—No te preocupes, Merci. Aquí dice que cada uno nos cuesta tres dólares. Eso sería una ganancia de más o menos trescientos treinta y tres por ciento —dice—. Podemos vivir con eso.

Está reluciente, incluso cuando le doy un vistazo fulminante. *Traidor*.

La señorita McDaniels me entrega la caja.

—Puedes comenzar a registrar el nuevo inventario y a ponerles etiquetas a esos lagartuchos...

—La nación Iguanador —la interrumpo.

—Haré que los anuncien en el matutino junto con las entradas para el Baile de los Corazones —continúa—, así que nos hace falta un texto promocional para Lena y Darius lo antes posible.

Wilson toma nota mientras ella habla. De repente, la señorita McDaniels se queda de una pieza mientras estudia algo al otro lado de la cafetería. Su nueva prioridad urgente acaba de surgir. Lo noto por el temblor en sus fosas nasales. Sigo su mirada y noto que uno de los niños en la cola del almuerzo no tiene puesta su corbata.

Sus tacones repican mientras se abre paso a través de la habitación.

CAPÍTULO 3

CUANDO LLEGO A EL CARIBE después de la escuela, ya tía tiene los audífonos puestos mientras limpia los mostradores. El gentío de visitantes invernales que viene a almorzar ya se ha disipado un poco, así que mi tía está aquí con los habituales de siempre, que leen sus periódicos cerca de la barra. Inhalo profundamente. Esto es a lo que me imagino que huele el cielo: pastelitos con forma de angelitos que flotan con olor a vainilla y café recién colado que han horneado en sus alas.

Me subo en la banqueta de Lolo —la que tiene la cinta roja en el asiento— y pongo el billete de veinte dólares de mami en el mostrador. Ella me espera en el carro, revisando correos electrónicos de sus pacientes de terapia física mientras yo hago el pedido. He venido a El Caribe

toda mi vida, pero no es lo mismo sin Lolo parqueado aquí la tarde entera, como solía hacer. Siempre le hizo compañía a tía mientras ella trabajaba, bebiéndose su batido de frutas predilecto, el batido de mamey, cortesía de la casa. Como él ya no puede caminar aquí por sí solo, nos toca a nosotros llevarle sus golosinas.

Al principio tía no me nota. Sonríe y tiene los ojos cerrados mientras mueve las caderas a la izquierda y la derecha al ritmo de cualquiera que sea la canción que suena en sus oídos. Sé que hoy le tocó el turno matutino, así que ha estado aquí desde las cinco de la mañana. Pero incluso con sus calcetines de compresión de un verde brillante y con los pies inflamados, ella no puede evitar el baile. Así nació. Es un don, como las caderas redondas de todas las mujeres por el lado de la familia de abuela. Cuando todavía estaba en el vientre de abuela, tía se movía y lanzaba patadas cada vez que abuela ponía la radio. Parece que yo soy más como el lado de la familia de mami. Abuela dice que son gallegos, aunque no son españoles, porque tienen cemento en los pies. Tampoco es que me importe. ¿Ondear la falda? ¿Menear la colita? Por favor. Yo hago mi ejercicio en la cancha, muchísimas gracias. ¿Pero tía? Sus clases de baile en el centro comunitario los miércoles en la noche siempre se llenan superrápido. Si pudiera, aposteo a que ella enseñaría ahí todos los días.

—¡Tía! —la llamo y saludo con las manos. Cuando no me nota, sueno el timbre en el mostrador un montón de veces para atraer su atención—. ¿Hola? ¿Hooooola?

Da un respingo, como si le hubiese interrumpido un sueño, y se quita los audífonos.

—¿Qué te dije con respecto a esa cosa? —La recoge de la parte superior de la vitrina y la guarda—. Yo no soy empleada de un hotel.

—¡No me oías y mami me está esperando!

Revisa la hora en su teléfono.

—¡Ay! ¿Ya son las cuatro? ¿A dónde se me fue el día? —Tira el trapo en el lavamanos—. ¿Lo mismo de siempre?

—Anjá. Más unos pastelitos de carne para la cena. Mami no quiere cocinar esta noche.

—Lo cual me recuerda: se me va a hacer tarde —dice tía mientras prepara mi pedido—. No me esperen.

Le suelto un vistazo. De todos modos, abuela nos va a hacer que esperemos para cenar y ella lo sabe.

—¿De nuevo? —Hago lo posible por no sonar con un tono amargo, pero ya he tenido que ayudar a los mellizos con la tarea tres veces esta semana. No quiero seguir encerrando palabras en un círculo. Primer grado fue bastante malo una vez. Yo no debería tener que revivirlo.

—Sí, otra vez —dice ella mientras pone orden—. Berta llamó para decir que está enferma, así que estaré

por acá hasta, por lo menos, las cinco. Y hoy hay reunión de padres en la escuela. —Va a la batidora para mezclar la bebida de Lolo.

Suelto un suspiro. Una reunión escolar quiere decir que va a llegar incluso más tarde de lo habitual. Los maestros siempre tienen muchas notas respecto a la «experiencia» de tener a Axel y Tomás en una clase por seis largas horas todos los días. El último truco de los mellizos es esconderse cuando es la hora de regresar del recreo, lo que hace que sus maestros entren en un pánico lacrimoso. Incluso, hasta han convencido a sus amiguitos para que se sumen al juego. La semana pasada, el custodio de la escuela tuvo que ayudar a sus maestros a arrear a todos los niños que aparentemente se habían evaporado. Estaban acurrucados en arcones en donde se ponen las pelotas de voleibol y en los clósets de suministros, tal y como les dijeron Axel y Tomás que hicieran.

Cuando tía termina de componer nuestro pedido, saluda a mami a través de la ventana y me entrega la caja y el batido.

—Solo dame doce pesos —dice y me cobra—. El batido de Lolo corre por mi cuenta.

—Generosa —digo.

—No hay por qué romper la tradición, ¿no?

Meto un dólar en el jarro de las propinas y salgo.

—Tía va a trabajar hasta tarde otra vez. —Me pongo el cinturón de seguridad y acerco la nariz a la caja de pasteles. Será difícil resistirse a abrirla—. Dijo que no la esperemos.

Mami me suelta una mirada cómplice y mueve la cabeza de uno a otro lado.

—Hazte un sándwich para que aguantes hasta la cena —dice.

Entonces pone el teléfono en el soporte y mira hacia atrás, a través de la ventana, a tía que ya está una vez más enganchada a su música mientras cambia los menús.

El carro se pone en marcha, con la caja de delicias calentándose las piernas durante el trayecto.

Cuando llegamos, hay una escalera recostada a nuestra casa. Papi está encaramado en el peldaño más alto y rocía algo a un manchón de óxido en el estuco.

—¡Por fin! —dice mami. Se ha estado quejando por meses de esa mancha que luce como el mapa de América del Sur a un costado de la casa, pero papi no ha tenido tiempo de hacer nada al respecto, ni de arreglar la enorme fisura en el estuco en la casa de tía —cortesía de los mellizos y su reciente competencia de lanzamiento del martillo. El sol también ha descolorado la pintura, así que nuestras tres casas ya no son las tres casitas rosadas que solían ser.

Tampoco es que sea su culpa. Por lo visto, a todo el mundo en el sur de la Florida le hacía falta una mano de pintura antes de las fiestas, así que estuvo superocupado, incluso con los hermanos Simón y Vicente ayudándolo seis días a la semana. Papi lucía destrozado cada noche cuando regresaba a casa, pero insistía en que no le importaba.

—Trabajo pagado antes que trabajo gratis, Ana —nos decía cada vez que mami le preguntaba por nuestra casa—. Tenemos que comer y pagar los estudios de Roli. Y además, a mis hombres les hacen falta las horas.

Yo sé que no tenía tiempo libre para las reparaciones, también producto de mis juegos de fútbol. Este año fue mi primera temporada en el equipo escolar y digamos que no fue la mejor. Pensé que iba a estar en el primer equipo, pero solo jugué lateral izquierdo cuando Emma Harris, una estudiante de octavo grado, necesitaba un descanso. Y nuestro once tampoco era muy bueno. Me pasé gran parte del tiempo pensando si acaso no debería dejarlo y jugar solo en el equipo de papi, aunque a mami no le guste. Dice que es peligroso para mí jugar con hombres hechos y derechos. Ja. Tal vez para ellos. Yo les doy veinte vueltas a algunos de ellos, con la excepción quizás de Vicente, que tiene talento.

De todos modos, papi no me dejó que lo abandonara. Dijo que los Suárez no dejan de hacer algo cuando las

cosas se ponen malas. En vez de eso, se apareció a cada juego después del trabajo, a veces todavía con sus pantalones de pintor de brocha gorda. Yo tenía que prestar mucha atención para verlo. Por ejemplo, papi no es de los que se ponen a gritar desde el banquillo. Y tampoco habla mucho con los demás padres. En lugar de eso, le gusta pararse a la sombra del árbol más cercano y mirar. En el trayecto a casa, me decía dónde pensaba que nuestra estrategia podría mejorar y cómo no darnos por vencidas incluso con las probabilidades en contra nuestra. Además, cuando perdíamos, él me lanzaba un jugo de piña de su mini-nevera y me hacía esos chistes malos para levantarme el ánimo.

En cualquier caso, ahora que se acabó el fútbol parece que Las Casitas por fin recibirán una renovación.

—Ya me preguntaba yo por dónde andarían ustedes dos —nos dice, con una sonrisa, desde lo alto de la escalera.

—¿En dónde tú crees? —le digo mientras levanto la bolsa de la panadería—. Esperando que terminen mis ocho horas de servidumbre diaria. Y buscando la cena.

—Desde aquí la huelo. —Mueve las cejas—. ¿Trajeron papas rellenas? —Ese es su plato favorito.

—Anjá.

Mami se acerca a la escalera y se cubre los ojos para protegerse del sol.

—Sin embargo, parece que lo tuyo aquí da para rato —dice.

—No está tan mal. Tengo ayuda.

Entonces es que noto a Simón cerca de la caseta en la casa de Lolo y abuela. Carga un cubo de pintura rosada y paletas para mezclarla. Vicente tiene los rodillos y las varas para extenderlos. Confesión: yo pensaba que Vicente era lindo, incluso que se parecía un poco a Jake Rodrigo. Pero ya no. Se pasa aquí todo el tiempo, y ahora siento que es como mi primo. Además, él es bastante mayor que yo —tiene casi dieciocho años, como Roli— y tiene la fastidiosa costumbre de llamarme su amiguita.

Simón y Vicente trabajan cada día que papi se puede dar el lujo de contratarlos. Ya no es para que puedan pagar por la reparación del carro como el año pasado, cuando la transmisión de su Corolla se fue a bolina. Ahora les hace falta dinero para un abogado en Miami que intenta convencer a un juez de que Vicente debe quedarse con Simón, que es su hermano mayor. Sin embargo, no se me permite hacerles preguntas al respecto. Dice mami que eso es estrictamente privado.

—No entiendo por qué —le dije—. A mí la gente me pregunta cosas privadas todo el tiempo. Qué quiero ser cuando crezca. Si tengo novio. Por Dios. A nadie parece importarle *mi* privacidad.

Entonces me suelta esa mirada de irritación de cuando piensa que soy una desconsiderada.

—Por Dios, eso es completamente diferente, Merci. Ahora dales a esos hermanos algo de espacio y de respeto. Ya tienen bastante de qué preocuparse.

Yo iba a comenzar a discutir. Es decir, yo también tengo cosas de las que me preocupo. ¿Acaso esas no importan? Pero esa noche, pensé acerca de cómo yo no tengo que preocuparme de que no volveré a ver a Roli jamás. Yo sé que él vendrá a casa en el verano. Es distinto para Simón y Vicente.

Dejo caer mi mochila en el césped.

—Muchachos, les voy a echar una mano.

Papi deja de quitar la mancha de óxido y me mira desde lo alto. Ambos conocemos las reglas. La escuela es siempre lo primero. Le da un vistazo a mami y pregunta lo que sabe que ella quiere escuchar.

—¿No tienes tarea?

—Solo un poquito —digo, cosa que, por supuesto, no es verdad. Tengo un montón, como es habitual, porque el séptimo grado es un cruel asesino, sobre todo si tienes al señor Ellis de maestro de ciencias—. ¿Y acaso no me merezco un pequeño descanso? ¿Ustedes no querrán que yo tenga problemas de ansiedad, no? —Le doy una mirada cómplice a mami. Vi esos panfletos que ella trajo a casa de

la reunión de padres el mes pasado. Eran sobre las señales de alarma de niños estresados. Me obligó a beber té de manzanilla antes de acostarme a dormir durante una semana.

Mami afloja un poquito. Ella sabe lo mucho que me gusta ayudar a papi..., y soy buena. Aparte de Simón, yo soy su mejor trabajadora.

—Está bien —dice—. Pero solo por una hora. Y no te echas a perder otra blusa del uniforme, por favor. Esa es la única que todavía te sirve y aún te quedan cinco meses de escuela.

Las mejillas se me enrojecen mientras cruzo los brazos sobre mi pecho. El estirón en mi crecimiento no es un tema del cual me guste hablar delante de papi ni de nadie más, para ser franca. Yo con mucho gusto dejaría de crecer, pero todo dentro de mí se ha desajustado. Uso zapatos de talla ocho, que mami le dice a todo el mundo que es más grande que la de ella, y ya me han empezado a salir granitos en la frente, incluso aunque me restriego la cara en la noche con una toallita hasta que la piel me brilla. Supongo que debería estar agradecida de que no me ha pasado como a Marie Perillo, quien básicamente tuvo una explosión de crecimiento este año. De espaldas, la gente la confunde con una maestra todo el tiempo. Ahora todo en ella es a tamaño completo; tal es así que la gente murmura y

la mira fijamente sin que se dé cuenta en el taquillero después del gimnasio.

—Yo me ocupo —dice papi rápidamente. Baja los pel-
daños de su chirriante escalera y le da un beso a mami en
la mejilla, dejándole la boca pegada a la cara un poquito
más hasta que ella sonríe.

—El besuqueo delante de mí me molesta y ustedes lo
saben —digo.

Intercambian una mirada antes de que mami entre a
casa. Papi busca en el montón de trapos y me lanza uno
de sus viejos pulóveres para que me lo ponga.

—A ti te tocan las manchas de óxido en el lado sur
—dice—. Hay más líquido de limpieza en la caseta, en el
estante superior. Ponte guantes.

—¿Puedo usar los zancos de yeso? —Me encantan
esas cosas. Son reparación del hogar y *Transformers*, todo
en uno.

Papi no me escucha. Se estira la espalda mientras mira
a mami entrar a la casa y probablemente desea que él tam-
bién pudiera sentarse un rato a mirar la tele, tomados de
las manos, como mismo hacen a cada rato cuando pien-
san que no los veo. Yo solía colarme ahí mismo entre los
dos para sentir ese calorcito, pero ya no lo hago. De algún
modo, el sofá ahora parece demasiado pequeño con noso-
tros tres encima. Es como si se hubiesen convertido en

Ana y Enrique, no solo mami y papi, como se supone que sean.

—¿Bueno? —digo, con un tono brusco—. ¿Puedo usar los zancos o no, papi?

—Habla con Simón —me dice mientras sube las escaleras otra vez—. Y ten cuidado con tu blusa, muchachita. O los dos nos metemos en tremendo lío.

—Entendido. —Me recojo el pelo hacia arriba y corro rumbo a Simón para que me dé los zancos.

CAPÍTULO 4

HA PASADO UN AÑO ENTERO desde que nos enteramos de que Lolo tiene Alzheimer. Ahora toma medicinas nuevas, así que hay días en los que casi es el mismo de siempre. Como hoy. Cuando termino de ayudar con las reparaciones de la casa, me lavo las manos y me cambio de ropa y voy a casa de abuela y Lolo, que es donde vamos a cenar. Me encuentro a Lolo en su sillón, resolviendo un rompecabezas con los mellizos.

—Hola, Lolo —digo.

—¡Preciosa! —dice.

Han regado las piezas del rompecabezas en su mesa plegable de las meriendas e intentan armar la imagen de un gato que se parece al nuestro, excepto que tiene dos

ojos azules en lugar de solo uno, como Tuerto. La caja tiene 25 piezas, así que nadie se confunde mucho por los colores o las formas. Es unos de mis viejos pasatiempos, de cuando estaba en la escuela primaria. Eso fue idea de mami. Lolo puede ensamblar las piezas si no son muchas y dice mami que es importante para su cerebro que él siga resolviendo problemas. Por eso es que siempre me dice que vaya a jugar con él, ya sea dominó, bingo o hasta la *app* de *La rueda de la fortuna*. A mí antes me encantaba jugar con Lolo, ya que podíamos estar solos y hablar de cualquier cosa. Pero no es tan divertido este año, si tengo que ser honesta. Lolo habla mucho menos ahora, en primer lugar, y a veces se le olvida lo que le acabo de decir, así que tengo que empezar el cuento de nuevo. Y si no tiene un día bueno, se pone a pensar en cosas imaginarias... y no de las divertidas como cuando yo era chiquita y jugábamos al correo. Miren la semana pasada, por ejemplo. Jugábamos Uno, pero él levantaba la vista de sus naipes, convencido de que alguien nos espía desde el patio.

—Espías —me susurró, con cara de pánico—. Escóndete.

Nos sentamos con las luces apagadas y las persianas cerradas hasta que por fin se quedó dormido en su butaca. Yo tuve miedo todo el tiempo. Pero no de los espías. De Lolo.

—Por fin llegó la susodicha.

Abuela viene con la caja de pastelitos de la panadería y una enorme fuente de ensalada encima. Manchas de aceite se han colado a través del cartón. Esperamos a tía, tal y como pensé que haríamos, sin importar la cantidad de veces que dije que estaba muerta de hambre.

—A la gente la obligan a trabajar hasta la muerte —murmura abuela—. Si no se cuida, Inés podría dejarnos a un par de huérfanos. Entonces, ¿qué iba a ser de estos angelitos?

¿Ángeles? Yo adoro a mis primos, pero, por favor, eso sí que es exagerar.

—¿Qué es un huérfano? —pregunta Axel de repente.

Mami suelta la revista *Vanidades* que lee en ese momento y abre los ojos como platos en dirección a abuela en señal de alarma.

—¡Teresita! —dice—. Por Dios. Los vas a asustar.

Mami detesta cuando abuela entra en modo melodramático, como la vez en que abuela me explicó qué podría pasar si papi se cayera de un techo durante el trabajo. Lloré durante una semana mientras soñaba con él casi sin vida, con el cerebro sangrando fuera de su cráneo.

Por suerte, tía entra por la puerta antes de que abuela empiece con los detalles de los padres muertos.

—¡Mamá! —Tomás corre hacia tía y se encaja en sus piernas. Axel le sigue los pasos.

Tía luce incluso más cansada que cuando la dejé esta tarde, pero aun así les cubre a besos las cabezas. Entonces se agacha para desabrocharse los tenis negros del trabajo que están espolvoreados con azúcar pulverizada y aceite.

—Lávense las manos —les dice—. Y usen jabón. Les voy a oler las palmas para cerciorarme de que lo hicieron.

Los mellizos corren por el pasillo, dándose codazos a ver cuál de los dos llega primero al lavamanos, mientras ella se quita los zapatos y hace un gesto de dolor.

—Dios mío —dice—. Pensé que este día nunca iba a acabar.

El gorgoteo de mi estómago suena altísimo.

—Y yo pensé que tú nunca ibas a llegar.

—¿Me esperaron? —pregunta, mirando alrededor—. Te dije que no lo hicieran.

—¿Y a mí quién me hace caso, tía?

Hago lo posible por no sonar amargada, pero a mí también me gustaría que tía no trabajara tanto..., y no es porque crea que se va a morir por eso. Cuando ella no está por estos lares, alguien —por lo general, esta que viste y calza— tiene que cuidar a los mellizos y ayudarlos con la tarea y evitar que le prendan candela a la casa o cualquier otra travesura. Y ahora también hay que cuidar a Lolo.

—Bueno, a lo mejor el Señor nos ayudará a todos —dice abuela—. Voy a jugar un número de la lotería esta

noche. Anoche soñé con unos numeritos muy lindos. ¿Quién sabe? Tal vez nos convirtamos en millonarios. Entonces nadie tendrá que trabajar esas largas horas.

Justo en ese momento, papi, Simón y Vicente entran arrastrando las sillas plásticas extra desde el patio.

—¿Millonarios de lotería? ¿Dónde me apunto? —dice papi.

—¡Imagínate si nos hiciéramos ricos! Tantas cosas serían posibles. —Simón pone una silla al lado del sitio habitual de tía en la mesa y la mira con timidez—. Buenas noches, Inés. Qué gusto verte.

Tía se endereza un poco cuando lo ve. Se alisa el uniforme y sus ojos descienden a sus calcetines de compresión con un huequito en el dedo gordo. Sus pies no huelen a rosas, para qué negarlo.

—Simón —dice, en un tono muy formal, como si se acabaran de conocer—. No sabía que ibas a estar aquí esta noche. ¿Qué tal?

Ya tú sabes. El sirope entre estos dos es como un caramelo masticable cuando empiezan a mirarse embobados. Si las burbujitas con corazones pudieran salir flotando de la cabeza de alguien, la de tía estaría a toda máquina.

No lo soporto.

—Me muero del hambre —digo bien alto—. ¿Podríamos comer, por favor?

—Sío, niña. ¿Dónde están tus modales? —Abuela le echa un vistazo a la mesa para cerciorarse de que no falte nada—. Muy bien. Creo que lo tenemos todo. Siéntense.

Los mellizos salen disparados a sus sillas, así que yo apago el televisor, que ha estado puesto para nadie en específico, y me levanto para ayudar a Lolo, como hago casi siempre que comemos juntos. Quito la mesa plegable de su camino, para no estropear lo que han hecho del rompecabezas hasta ahora. Solo le falta la cola. Entonces abro su andador ortopédico y le pongo el seguro, tal y como mami me enseñó.

—¿Listo? —digo.

Los ojos de mi abuelo brillan detrás de sus grandes espejuelos redondos.

—Listo, preciosa. Vamos a ver si podemos echar a andar este motor.

—Pégate al borde e inclínate hacia adelante, como te enseñé, viejo. —Le recuerda mami.

Lolo se agarra de su andador y se pone en lo que llamamos su posición de arrancada. Parece un nadador encorvado en su bloque de salida, excepto que, por supuesto, él comienza desde una butaca reclinable. Me paro a su lado y comienzo nuestra cuenta regresiva mientras él se mece hacia adelante y hacia atrás para ganar impulso.

—Tres, dos, uno... ¡Despegue!

Le cuesta trabajo enderezar las rodillas, respira con esfuerzo y la cabeza se le tambalea un poco mientras yo lo aguanto por el codo.

Finjo que no veo lo difícil que esto se ha vuelto para él, incluso con el truco de mami. *Concéntrense en las habilidades*, nos recuerda siempre ella, y *no en las cosas que ya él no puede hacer*. Pero a veces es duro no llevar una lista de todo lo que se ha ido. Montar bicicleta conmigo. Llevarnos al parque. Preguntarme cómo fue mi día. Es como si se estuviese desvaneciendo de adentro hacia afuera, un poquito cada día, aunque su cuerpo todavía esté aquí.

—¡Comiencen a comer! —dice Lolo a todo el mundo mientras se acerca a la mesa lentamente. Se suelta de mi brazo—. Ve y siéntate.

Papi me guiña un ojo y me indica mi silla. Así que ocupo mi asiento mientras Lolo se mueve a paso de caracol hacia la cabeza de la mesa, en el extremo opuesto de papi.

Mi estómago vuelve a gorgojear altísimo.

El pecho de Lolo sube y baja, como si estuviese en una carrera.

—Dije que no me esperaran —nos regaña.

Pero ni los mellizos hacen ademán de tomar sus

tenedores. Hambrientos y cansados, todos esperamos, con las manos en los regazos, hasta que por fin se deja caer en su silla. Nadie comienza sin él. Nunca lo hacemos.

¿Cuánto tiempo, me pregunto, antes de que eso también desaparezca?

CAPÍTULO 5

—¡BUENOS DÍAS, CARNEROS DE SEAWARD PINES! Aquí están Lena Cahill y Darius Ulmer con sus anuncios matutinos. Por favor, pónganse de pie para decir el juramento a la bandera.

Wilson y yo le mostramos los pulgares en alto a Lena a través de la puerta de cristal del estudio de televisión. Entonces, porque la señorita McDaniels nos frunce el ceño, rápidamente nos volvemos para darle la cara al mástil de la bandera en la esquina y nos llevamos las manos al corazón hasta que concluyen el juramento y el momento de silencio.

Nuestro estudio de televisión —WSPA, pronunciado *dobliuespá*— está frente a la oficina de administración,

dentro de un cubículo de cristal justo detrás del escritorio de la señorita McDaniels. Está vedado para todos excepto los presentadores, lo que quiere decir que Wilson y yo tenemos que verlo a través de la ventana desde aquí afuera en la sala de espera.

Estamos sentados en los oscuros bancos de madera que son usualmente reservados para quienes se han metido en problemas, así que sentimos las miradas fijas de los entrometidos que han llegado tarde y necesitan un pase antes de ir a clase.

Nos ha tomado a Wilson y a mí una semana para dar con el anuncio de nuestra campaña de venta de entradas para el Baile de los Corazones, pero por fin lo hicimos. En general, nos tomó tanto tiempo porque Wilson es más terco que una mula. Intenté explicarle —del modo más amable posible— que yo le delegaba la tarea de escribir el anuncio.

—*Nah* —dijo—. Para ser precisos, uno solo puede delegar a sus empleados. Yo soy tu co-gerente.

—¿Y?

—Y yo te delego la tarea de vuelta, asere.

Nos enviamos textos de ida y vuelta por una eternidad, hasta que nos pusimos de acuerdo, pero les cuento que fue difícil, pues Wilson se puso demasiado ridículo y quisquilloso con cada cosa que propuse.

No apreció mi primer intento:

Compra una entrada al Baile de los Corazones si no te importa tomarle la mano llena de gérmenes a alguien que apenas conoces.



ESTO es lo mejor que se te ocurre?

Me niego a crear anuncios engañosos.

El segundo intento tampoco fue mucho mejor:

Compra una entrada al Baile de los Corazones si no tienes absolutamente nada mejor que hacer en esta triste vida.

Por fin encontramos un punto medio con la ayuda de un libro titulado *Chisteclopedia* (un volumen complementario a la fuente favorita de los mellizos: *Burlaclopedia*). Me lo encontré tirado en el piso de mi cuarto, que los mellizos han comenzado a usar como su guarida criminal. Resulta ser que a Wilson le encantan los chistes de «tun tun, quién es» tanto como a ellos. No le importa que los chistes sean tontos; de hecho, mientras más tontos, mejor, dice, lo que es raro. Lolo solía decir lo mismo.

En nada escribimos algunos chistes que los dos toleramos para nuestros anuncios.

Lena baraja sus notas y se ajusta los espejuelos nuevos.

Me gustan. Muchas niñas de nuestro grado comenzaron a usar lentes de contacto este año. Ahora tienen ojos rojos en lugar de espejuelos. Pero Lena no. Ella optó por el estilo *nerd* total con un par de gafas que la hacen lucir incluso más inteligente de lo habitual.

También hacen juego con su pelo, que se tiñó de un color nuevo que se vería muy bien en la televisión. Se llama Hey Chyca Pasión Púrpura Número 5. Parece que yo no recibí el memo de que la gente iba a cambiar cosas de sí misma en séptimo grado. Fíjense que hasta Hannah se hizo un cerquillo este año «para resaltar los ojos», y vayan a saber lo que eso significa. De todos modos, yo lo único que hice fue pedirle a mami que me cortara las puntas en la cocina, igual que siempre, cosa que nadie nota. Soy la misma Merci de siempre, excepto que más alta. Qué aburrido.

Lena comienza.

—Hoy es lunes, el veinticinco de enero, ¿y sabes lo que eso quiere decir, no, Darius?

Darius se sienta en la silla a su lado y mira directamente hacia el frente. Es un muchacho blanco flaco, con el pelo rubio y unos asustadizos ojos azules. Todo este negocio de ser presentador no le ayuda en nada a lo de su timidez, si me lo preguntan, vaya. ¿Qué pensaban sus padres? A lo mejor ellos son una monstruosidad de padres, de esos

de los que lo empujan a la parte honda de la piscina para enseñarle a nadar. Lo único que sé es que su cara es tan roja como su chaqueta y que sus sienes están tan goteadas de sudor que lo veo a través de la ventana. También ha destrozado sus notas en pedacitos.

Lena le da un codazo superdiscreto mientras mantiene su sonrisa al mirar fijamente a la cámara.

—¿Darius?

—Sssí —dice tragando en seco—. Es..., es...

Lena no lo atosiga mientras que él trata de enunciar alguna palabra, pero no da resultado. Darius se ha vuelto a convertir en el oxidado hombre de hojalata con la quijada sin aceitar. Me da pena este tipo. Todavía tiemblo al recordar la vez que me tocó cantar un solo en la obra de teatro de segundo grado. Se me olvidó la letra entera y me puse a llorar ahí mismo en el escenario, mientras los padres me tomaban fotos y me decían que era adorable todo el tiempo. Bestias.

De todos modos, Lena sale al rescate. Mira directamente a la cámara y sonríe astutamente.

—¡Qué bien, Darius! Vaya manera de crear suspenso para... ¡el Día Nacional de los Contrarios! ¡Gracias!

—Así que *por eso* es que ella entró a clase dándome la cara —susurra Wilson.

—Shhh —dice la señorita McDaniels.

Lena pide voluntarios para la limpieza de la playa que organiza el Club de la Tierra para este sábado —ella es la presidenta— y luego salta a las demás noticias con bastante rapidez. El menú del almuerzo de hoy. El resultado del partido de baloncesto del equipo juvenil *junior*. Noticias de un no sé qué de los exámenes de SAT para los estudiantes del preuniversitario. Entonces el mapa del tiempo aparece en la pantalla verde y Darius se las arregla para decirnos por qué este fin de semana será mucho más fresco de lo habitual, con temperaturas cercanas al punto de congelación en las noches, cosa que ya sabemos. Todos en la escuela estamos envueltos en nuestras sudaderas y chaquetas de cincuenta dólares de Seaward Pines y por esta vez no me importan las medias que me dan picor subidas hasta las rodillas o ponerme la sudadera que heredé de Roli. La temperatura ha bajado a los cuarenta grados Fahrenheit, cosa que casi jamás ocurre en la Florida. Es como uno de esos estados del norte que tienen temporadas reales, aparte de *mojado* y *seco*. Sin embargo, lo peor del clima frío es que papi no puede hacer trabajos de pintura de exterior por un par de días, por si se congela. Si no hay trabajo, no hay dinero..., lo que lo pone de mal humor por cosas como medias en el piso o mi bici en la entrada del garaje.

Por fin, es la hora de nuestro anuncio. Wilson y yo intercambiamos miradas.

—Y ahora tenemos algunos anuncios de la nueva y mejorada Tienda de los Carneros, en donde pueden encontrar sus suministros escolares. ¿Listo? —Mira a Darius con esperanza, pero incluso desde aquí veo que las manos todavía le tiemblan.

¡No nos echas a perder esto, Darius!, pienso un poco turbada.

Lena: Tun-tun.

Darius: ¿Qu-quién es?

Lena: Félix.

Darius:...

Lena: *Félix*.

Darius: ¿Qué Fe-félix?

Lena: ¿Félix y emocionado por San Valentín?

Compra tus entradas al Baile de los Cora-
zones a partir de la próxima semana en la
Tienda de los Carneros.

Lena aprieta el botón de efectos especiales para que suene el bombo y platillo. *¡Pu-tun-TSSS!*

Wilson se inclina hacia mí.

—¿La pantalla es verde o Darius te luce que tiene un color raro?

La señorita McDaniels nos lanza una mirada de advertencia.

Lena: Tun-tun.

Darius: ¿Qu-qu-quién...?

Lena: Bob.

Darius:...

Lena: *Bob*.

Darius:...

Lena: ¿Qué Bob, preguntaste? Pues, bob a decirte algo: ¡los muñecos cabezones de la nación Iguanador ya llegaron! Por diez dólares te quedas con una de estas bellezas en la Tienda de los Carneros mientras no se agoten. ¡Precios competitivos! ¡Todas las ventas son definitivas!

Los ojos de Darius ahora están abiertos como platos y clavados en la cámara. Sus labios tiemblan y la chaqueta luce mojada bajos las axilas. Recuerdo haberme sentido así el año pasado cuando tuve el virus estomacal.

Lena percibe las señales de alarma. Desliza el cubo de la basura con el pie hasta el lado de la mesa de Darius. Entonces se hace cargo del resto de la transmisión y hace

nuestro último *sketch* de tun-tun por sí sola a la velocidad de la luz.

—Tun-tun. ¿Quién es? Clara. ¿Qué Clara? ¡Claramente hay una venta de borradores de conos de nieve con brillantina! ¡Dos por el precio de uno, mientras no se agoten! ¡Apúrate y ven durante tu periodo de almuerzo!

—Bueno, Carneros, esas son todas las noticias de hoy. ¡Feliz Día de los Contrarios! Y que tengan una terrible, terrible semana. ¡Estos no son Lena Cahill y Darius Ulmer que se despiden de ustedes!

El botón rojo se ilumina y la pantalla muestra el escudo de nuestra escuela.

Darius alcanza el cubo de basura justo a tiempo.

CAPÍTULO 6

ESA TARDE, LENA Y YO ESTAMOS en el pasillo de séptimo grado esperando por Hannah, quien todavía termina su examen de unidad en el salón de clase del señor Ellis. Hannah es siempre la última en terminar las pruebas porque le gusta revisar sus respuestas tres veces antes de entregar nada. No como yo, por supuesto. ¿Qué sentido tiene todo eso? Mientras más reviso, más me confundo, sobre todo en las clases de ciencias naturales avanzadas. Salí a la carrera tan rápido como pude después del examen. Cuarenta preguntas de respuestas múltiples no fueron suficientes para este hombre. También nos puso un ensayo de veinte puntos, para «darnos oportunidad de practicar la escritura». Me traquéé tanto los nudillos que

estoy segura de que tendré artritis para cuando anochezca, tal y como abuela siempre me advierte.

«*El presente es la clave del pasado*». Por favor, explique quién declaró esto y cómo es aplicable a la temprana ciencia geológica.

—¿Qué respondiste para el ensayo? —le pregunto a Lena—. ¿Fue James Hutton o John Smith?

—Hutton —dice—. John Smith es el tipo de James-town de la clase de estudios sociales.

Recuesto la cabeza en mi taquillero, asqueada.

—¿Estás segura? —Ella escribe en la barra de búsqueda de su teléfono y me muestra la pantalla. *James Hutton (1726-1797). Padre de la geología moderna.*

Suelto un suspiro tan pronto reconozco la cara del tipo de nuestro libro de texto. Naturalmente, entré en pánico en el último segundo y cambié mi respuesta y puse la incorrecta. Veinte puntos, ¡puf!

Está resultando ser un año bastante largo en ciencias y tan solo estamos por la mitad. Ya es de por sí suficientemente malo que hayamos estado estudiando rocas durante un mes —por el amor de los cielos, *rocas*—. Pero lo peor de todo es que mi maestro es el señor Ellis. Veamos: él es uno de los maestros más jóvenes, con el pelo a lo rasta y audífonos AirPods en el bolsillo y carteles con mucha onda en las paredes. ¡Pero que eso no te engañe! Todo ese estilo

relajado se va por el tragante cuando estás en su clase. Es un sargento del ejército. Tres páginas de tarea diaria. Prácticas de laboratorio a las que les pone nota. Pruebas cada dos semanas. Pruebas sorpresa cada vez que el espíritu le inspira que las haga. Incluso califica la ortografía en las palabras científicas más difíciles. *Detritus. Metamorfosis. Espeleóloga.*

Pero lo peor de verdad es que fue maestro de Roli hace unos años, eso sin mencionar que el año pasado fue su consejero de duodécimo grado. El señor Ellis piensa que mi hermano es «una de las mentes científicas del mañana más prometedoras». Al menos, eso fue lo que escribió en una de las recomendaciones para la universidad de Roli.

Lo que quiere decir que yo soy una gran decepción.

—Oh, ¿tú eres la hermanita de Rolando Suárez?

La pregunta hizo que me paralizara de terror la primera vez que el señor Ellis me preguntó. Siempre me quedo frita cuando los maestros se enteran de que yo soy pariente de uno de los más grandes cerebros que jamás se haya graduado de Seaward Pines. Roli recibió una beca completa para estudiar biología en la Universidad de Carolina del Norte, en donde quiere estudiar neurología. Y aunque Drew Samuelson, a quien no aceptaron en UCN, le dijera a todo el mundo que a Roli le dieron la entrada porque es pobre y latino, yo sé que fue porque

mi hermano es tremenda lumbrera. En cualquier caso, el señor Ellis me pedía que participara constantemente al principio, dando por sentado que yo también debería ser un genio. Le tomó casi un mes descubrir la triste verdad. Ante él se sentaba una niña común y corriente. Un cerebro-no-tan-especial. A lo mejor algún día Roli pueda encontrar un modo de resolver *eso*.

Lena pone la mano en mi taquillero para atenuar el sonido de los golpecitos que me doy con la cabeza.

—Estoy segura de que muchísima gente respondió esa pregunta incorrectamente. Seguro que tiene eso en cuenta al calificar.

—Y a lo mejor la luna está hecha de queso.

—De hecho, es de basalto.

Justo en ese momento, alguien me da un empujón y se abre paso.

—*Excusez-moi*. —Edna Santos me roza con su elegante mochila roja de cuero y se para entre nosotras dos para acceder a su taquillero—. Esa prueba estaba facilísima —dice—. *N'est-ce pas?*

La fulmino con la mirada mientras ella pone su combinación. Hannah y Lena están en mi clase de ciencias este año, lo cual es fabuloso. Pero Edna también está y de vez en cuando acabamos de compañeras de laboratorio, lo que yo guardo como otro *strike* en contra del señor Ellis.

Nadie jamás se ofrece de voluntario para trabajar con ella, a pesar de que esté entre los alumnos más inteligente de la clase. Digamos que Edna pone una *E* mayúscula en *Extra*. Y para empeorar las cosas, este año toma francés, lo que la hace aún más insoportable. Se pasa todo el santo día con *bonjour* esto, *au revoir* lo otro. Lo único que no he escuchado es *merci beaucoup* por los anuncios que Wilson y yo escribimos para su baile tonto. *Por favor, gracias y lo siento* todavía no forman parte de su vocabulario.

Cuando Edna abre su taquillero, un olor a canela me da en la cara. Es el aromatizador de carros que tiene ahí. Tiene espejos, sujetalibros e incluso hasta estantes pequeños. Todo está impecable, a diferencia del mío, que en ocasiones se disuelve en una avalancha si no me apuro con la puerta.

Toma una carpeta cubierta de pegatinas y me mira con irritación.

—¿Tú sabes a qué se debe la demora de Hannah? Vamos a llegar tarde a la reunión de esta tarde del comité de danza.

—¿Reunión? —digo—. Hannah dijo que vendría a mi casa esta tarde. Ella me va a ayudar a mí y a Lena a cuidar a los mellizos.

Edna encoge los hombros.

—Bueno, pues ella no puede ir. He convocado una reunión de último minuto para el Baile de los Corazones.

—¿Y eso quién lo decidió?

—Pues yo. Yo estoy a cargo del baile, ¿lo recuerdas?

—¿De veras? —digo con rencor—. No me había enterado.

Lena me da un codazo en las costillas. Ella y Hannah prometieron que me ayudarían con mis habilidades concernientes a Edna. Me paso la mano por el costado. En serio, ¿cómo es posible que *no* lo supiéramos? Es de lo único que Edna habla en estos días. Lo que se va a poner para el Baile de los Corazones. A quién piensa que va a invitar al Baile de los Corazones. Las canciones que pondrán en el Baile de los Corazones. Quiénes piensa ella que se van a besar en el Baile de los Corazones. Baile de los Corazones, Baile de los Corazones, Baile de los Corazones. Me encantaría darle una patada al Baile de los Corazones que lo mandara al espacio exterior.

Pero esto es lo que en realidad me recomen por dentro. No entiendo por qué Hannah aceptó estar en el comité de Edna en primer lugar. Los planes del baile se están comiendo todo el tiempo libre de Hannah..., en específico, el tiempo que ella solía pasar conmigo y con Lena. Yo pensaba que eso era lo que hacían las mejores amigas: pasar tiempo juntas. Hannah y Lena son las únicas que vienen a Las Casitas. Con eso quiero decir que una no

puede sencillamente invitar a cualquiera de Seaward Pines a que venga a la casa. Algunas madres buscan tu dirección y si no les gusta la pinta de tu cuadra, te invitan a ti a que vayas a sus casas en lugar de venir a la tuya.

Pero debí suponer que lo de Hannah no tenía remedio desde que Edna le dijo que podía hacerse cargo de las decoraciones. «Las decoraciones» quiere decir arte y artesanía, que son las cosas favoritas de Hannah. Los ojos se le aguaron una vez que pensó en los globos con forma de corazón y las bolas de disco y, más que nada, la brillantina, la brillantina, la brillantina que ella podría usar para hacer todas esas cosas.

—Por favor, Edna. Hannah hoy debía venir a casa conmigo y con Lena. Vamos a llevar a los mellizos al parque para que prueben el nuevo monopatín de Lena. ¿No se puede tomar el día libre?

Edna le da un vistazo a Lena, que sostiene su Razor Beast doblado en sus manos.

—¿Y ustedes no pueden montar esa cosa otro día?

—Eso no viene al caso. Estás acaparando todo el tiempo de Hannah.

Levanta la mano para interrumpirme.

—Si quieres un evento perfecto para nuestra escuela como el que *yo* estoy organizando, tienes que ocuparte de

cada detalle. Sin ánimo de ofender, Merci, pero organizar un baile para toda la escuela no es lo mismo que vender lápices y juguetes a la hora del almuerzo.

La sangre me hierve.

—¿Y vender entradas para el *Baile de los Corazones*, quieres decir? —digo con toda intención—. Ya que estamos: qué bueno que te gustaron los anuncios.

Recibo otro codazo de Lena en las costillas.

Justo en ese momento, Hannah llega a la carrera por el pasillo.

—¡Perdón, perdón, perdón!

Está sin aliento cuando llega a nosotras. Tiene las mejillas rojas y la blusa por fuera. Ella, que siempre se pone nerviosa con los exámenes, se ha halado los pelos a los lados de la cabeza durante una hora, así que ahora está toda despeinada y tiene la coleta jorobada. Tal parece que se hubiera escapado de las fauces de un león.

Le da vueltas a la esfera de su candado tan rápido como puede, pero no cede cuando lo hala. Lo vuelve a intentar. Vuelve a fallar. Pobre Hannah. Le tomó casi todo el semestre del otoño para tan solo memorizar su combinación.

—¡Arg! —dice.

—*Allez!* —murmura Edna en francés.

—Ven. Yo me ocupo —dice Lena y se hace cargo—. Yo me sé tu combinación. —Cuando Hannah tuvo la gripe

en septiembre, Lena y yo nos turnamos para llevarle a casa los libros que le hacían falta. Yo hasta me senté en su cama con una máscara antigérmica para ayudarla a estudiar para estudios sociales. ¿Y Edna hizo algo semejante por ella? No, no lo hizo.

Hannah me mira y suelta un hondo suspiro.

—Ese examen estaba durísimo —dice—. ¿No es verdad?

—El peor —digo—. Sentí que el cerebro se me desparramaba por los oídos.

—Yo también.

—¿Podrían cerrar el pico y apurarse? —Edna se revisa el cabello en el espejo de su taquillero una última vez—. Empezamos en tres minutos.

Ahí es cuando veo la foto que Edna ha pegado en la parte trasera de su taquillero. Es de su misión a República Dominicana del año pasado. Fue con su papá, que es de ahí, y un equipo de doctores y enfermeros. Edna ayudando a la humanidad. Figúrense.

Tengo que admitir que me gusta esta toma, a pesar de que Edna esté en ella. Está bajo una palma y tiene en brazos a un niño que se chupa el pulgar. El cielo es de un azul brillante a su alrededor con nubes esponjosas encima de ellos. No sé. A lo mejor es la expresión en su cara o todos los colores lo que hace que me guste. Sin embargo, lo que

más recuerdo es que nos dijo que la mamá del niño había perdido una pierna debido a una enfermedad llamada gangrena. Su padre y los demás doctores ayudaban a mantener la otra pierna saludable. Por más que lo intente, no me puedo imaginar a Edna en un viaje de este tipo. Ella es una germofóbica, en primer lugar. Ella no bebe aquí en la escuela de una fuente de agua ni siquiera en el más caluroso de los días.

Edna ve mi ojo en el espejo y entonces cierra la puerta de su taquillero de un portazo.

—*Dépêche-toi* —le dice a Hannah—. ¡Tenemos una agenda muy ocupada!

Hannah rebusca en su taquillero mientras Edna alza el vuelo.

—¿Y ella qué es lo que dice a través de esos labios fruncidos? ¡Yo lo único que escucho es zz-zz-zz!

Lena suelta una risita.

—¿Por qué no te escapas? —le susurro a Hannah—. La malvada Reina del Baile vivirá.

—Merci, yo me comprometí. Además, ella no es *tan* mala —dice Hannah.

Pongo a un lado sus palabras.

—Pero nosotras íbamos a llevar a los mellizos al parque para hacer figuras con el monopatín de Lena. ¿Lo recuerdas?

Hace una pausa y cambia la vista de mí a Lena.

Lena sonríe.

—Perderse un día no es tan malo —dice.

Hannah luce indecisa y por un segundo creo que la hemos librado de las garras de Edna.

Pero no. Hannah preferiría comer tierra que defraudar a alguien o romper las reglas.

—Cuánto me gustaría, Merci, pero estoy en el comité y todavía tengo un montón de flores de papel por hacer.

—Retrocede unos pasos.

—Espera...

—¡Pronto pasamos tiempo juntas! Diles a Axel y Tomás que les mando un saludo.

Antes de que yo pueda discutir, se da la vuelta y sale disparada por el pasillo detrás de Edna, quien ya dobla la esquina a la carrera con esas piernas larguiruchas que tiene este año.

Lena le echa un vistazo a la salida que nos lleva a la rotonda por la que vienen los carros.

—Tu mamá está aquí. —Me abre la puerta de par en par y deja que entre un aire helado. Agarro mi mochila y la sigo, pero tengo un humor de los mil demonios.

—¿Qué tal la escuela? —pregunta mami mientras nos ponemos los cinturones de seguridad. Es la misma pregunta que hace todos los días, pero ahora mismo no

quiero contestarla. ¿A qué parte se refiere? La escuela fue un millón de cosas. Fue aburrida en inglés porque trabajamos la gramática y terrible en ciencia gracias a esa prueba tonta. Fue divertida en educación física porque encesté todas mis canastas. Y es horrible en este justo segundo porque una de mis mejores amigas en todo el mundo no va a venir a mi casa. ¿Quién tiene tiempo para una conversación acerca de todo eso?

Mami mantiene la vista en mí a través del espejo retrovisor. El motor del carro todavía zumba con el carro puesto en *park*. Mi invitada está de rehén hasta que yo me pueda comunicar como una niña educada y sin estrés.

—Bien —murmuro.

Miro por la ventana cuando nos ponemos en marcha. No es gran cosa, intento decirme a mí misma. Hannah lo único que está haciendo es ofrecerse de voluntaria después de la escuela.

Pero hay una vocecita dentro de mi cabeza que no deja de mortificarme.

Hannah escogió a Edna en lugar de escogerte a ti.

CAPÍTULO 7

ASÍ ES CÓMO FUNCIONAN LAS COSAS en nuestra casa.

Si te hace falta permiso para hacer algo incluso remotamente divertido, más te vale saber a quién pedirselo.

Por ejemplo, le puedes pedir a papi que te enseñe a usar las herramientas eléctricas porque te va a decir que sí. Pero no te molestes en pedirle que te deje en el centro comercial con tus amigas porque te va a interrogar acerca de con quién estás y a dónde vas y todo ese rollo. Tía Inés te va a dejar que te quedes despierta hasta tarde para mirar una película de terror en su casa, pero detesta los videojuegos y jamás los jugará contigo. Si quieres más postre, olvídete de mami; lo único que te va a tocar será un discurso

acerca de los efectos de tanta azúcar en tu metabolismo. Abuela es la que discretamente va a darte otra porción de *cake* y te dirá que es bueno para para ti.

Entonces, como pueden ver, es complicado, que es por lo que yo sabía que era mejor no esperar a pedirle permiso a abuela para montar bicicleta esta tarde. Anoche le pedí permiso a mami y me dio la luz verde tal y como yo me lo esperaba. A ella le encanta lo del «ejercicio cardiovascular».

Así que estoy lista para que cuando Lena y yo lleguemos a casa de Lolo y abuela busquemos a los mellizos.

Lolo está en su mecedora del porche cuando llegamos. Aunque hace un poco de fresco, observa a Vicente que lava las manchas del estuco con agua a presión como si eso fuera un emocionante programa de televisión. Hasta el año pasado, Lolo era siempre quien hacía eso y noto por el modo en que no se queda quieto que también le gustaría estar afuera echando una mano.

—Hola, Lolo. Hola, Vicente —grito por encima del ruido.

Vicente apaga el aparato y chequea su teléfono. Las muchachas se la pasan enviándole mensajes de texto. Simón lo fastidia por eso todo el tiempo. Qué bueno que lo apuesto que él es ya no me surta efecto, sobre todo

porque a veces tengo que dar un paso al frente y supervisar su trabajo para papi. Como ahora.

—Tú no vas a poner la masilla con este frío, ¿verdad?
—le digo—. No se va a secar.

Vicente le da un vistazo a Lena con timidez. A él no le gusta hablar en frente de gente a quien no conoce bien, sobre todo si el inglés es parte de la ecuación.

—Ya lo sé, chera —dice en español—. Solo estoy terminando la preparación, como me enseñó tu papá. Hoy queremos terminar temprano. Tenemos un partido esta noche en Loxahatchee. ¿Vas a jugar?

Niego con la cabeza, tristemente. Es noche de escuela y mami se ha plantado en sus trece.

—Esta noche no —le digo en inglés—. Tú vas a tener que machacar al equipo de Manny sin mí.

—Con gusto —dice en inglés.

Abuela sale a través de la puerta mosquitera justo en ese momento, bien envuelta en su suéter y tiritando. El termómetro con forma de rana que está fuera de la ventana marca cincuenta y cinco grados Fahrenheit, que es lo que ella llama clima de neumonía. No tenemos puestos abrigos y guantes del modo que Roli tiene que hacer en Carolina del Norte, por supuesto, pero ha sido lo suficientemente frío como para ponerse pantalones. A mí personalmente

me encanta cuando el clima se pone así, sobre todo porque solo ocurre una o dos veces cada invierno. El cielo es tan azul que duele mirarlo, y cuando sopla el viento, hace que se me agüen los ojos.

Abuela toca la mano de Lolo y suelta un soplido.

—¡Casi congelado! Usted, señor, tiene que entrar y alejarse del rocío de esa hidrolavadora. ¡Mire como le gotea la nariz!

—Hola, abuela —digo.

Lolo no le hace caso. En lugar de eso, nos sonrío con gesto dormilón a Lena y a mí mientras se ajusta los espejuelos. Todavía lleva puesta la campera y la gorra de béisbol de su caminata de la escuela a la casa con abuela y los mellizos, pero tiene la nariz húmeda y de un rojo brillante y sus ojos lucen aguados, producto del viento frío. Pequeñas gotitas de agua le cubren los pantalones. Puede que abuela tenga razón esta vez.

—Preciosa —dice con voz medio ronca. Luego le sonrío a Lena—. ¿Y ella quién es?

Se me cae un poco el corazón. A Lolo le encantan Lena y Hannah, pero últimamente piensa que las acaba de conocer. Pero así es el Alzheimer. Se te empiezan a olvidar cosas más o menos obvias. Los nombres de tus amigos. Los pasos para vestirse. Tu dirección. En qué año estamos.

Por suerte, Lena está acostumbrada a esto. Se sienta a su lado en la mecedora.

—Soy yo, señor Suárez. Lena Cahill. —Se mete la mano en el bolsillo y le da un pañuelo descartable.

Abuelo le da un par de palmaditas en su cabello erizado y sonríe.

—Puntiagudo —se sopla la nariz.

—Gracias.

—Vinimos a buscar a los mellizos —le digo a abuela.

Luce aliviada, aunque jamás lo admitiría. A abuela le gusta coser en las tardes cuando el sol está lo suficientemente brillante como para ayudarla a ver. Pero es difícil hacerlo cuando los mellizos andan por aquí, eso sin mencionar el hecho de que tiene que acompañar a Lolo en caso de que él quiera salir a deambular. Si ella no presta atención, él se va calle abajo y se pierde de vista. Entonces nos empiezan a llamar los vecinos.

—¡Niños! —grita.

Unos segundos después, Axel y Tomás entran por la puerta, cada uno con migajas de galleticas por toda la cara.

—¡Grrr! —dice Axel, mientras pone los dedos en forma de garras cerca de sus ojos y se me acerca.

—Hola, Axel —digo.

—¡Quiero sangre, sangre, sangre! —Tiene un diente

delantero medio flojo que le cuelga en ángulo, así que luce tan demente que casi le creo.

—Somos monstruos —explica Tomás—. Ahora nos vamos a comer sus caras.

—Oh —digo mirando a mis primos cuidadosamente—. Bueno, qué pena. Se van a perder una oportunidad de montar sus bicicletas en el parque.

—¡El parque! —grita Tomás.

Vienen a la carrera hacia nosotras. Tomás salta a la espalda de Lena y Axel a la mía.

—¡Muchachos! —dice abuela mientras intenta quitárnoslos de encima—. ¡Eso no es manera de saludar! ¡Van a aplastar a las niñas si las aprietan así!

Me quito a Axel de la espalda y acerco mi cara a la suya. Su diente delantero medio flojo le cuelga de un hilo.

—¡Pónganse las chaquetas rápido! —les digo—. No tenemos mucho tiempo antes de que anochezca.

En un abrir y cerrar de ojos, salen a la carrera uno contra el otro hacia casa de tía para buscar sus cosas.

La cara de abuela se retuerce en una mueca de preocupación cuando ellos se van.

—¿No te parece mejor mirar un poco de televisión? —pregunta—. Hay un canal en el parque, ¿no es así? —No añade el resto de lo que se imagina. *En donde se ahogarán.*

Donde se los comerá un caimán. Donde contraerán salmonela de un pato salvaje.

—Hay canales en toda la Florida, abuela. Trescientas diecisiete millas nada más en el condado de Palm Beach, según el señor Ellis —digo—. No nos vamos a acercar. Lo prometo. Solo vamos a montar bicis y monopatines en el sendero principal.

Lo que no le digo es que Lena también tiene planes de enseñarme a sacar chispas de la parte trasera de su monopatín al montarlo, tal como hace Jake Rodrigo en su *zoom aeris*. Si se lo dijera, abuela daría un sermón acerca de caídas, de ropas que cogen candela, a lo mejor incluso hasta de combustión humana espontánea como vimos en *Ciencia sobrenatural*, ese programa de la televisión. La gente estallaba en llamas —*puf*— sin ninguna razón, aunque mami dice que eso es un disparate.

Abuela vacila y vuelve a intentar.

—Pero hace demasiado frío para estar a la intemperie. Los niños se van a enfermar. ¡Imagínate la factura del médico! —dice—. ¿Por qué no se quedan y hago chocolate caliente para todos?

—¡Delicioso! —dice Lolo y se relame los labios. A él le gusta el chocolate caliente tanto como a mí.

El año pasado aprendí en la clase de ciencias que no

nos resfriamos producto del clima, pero yo sé que más me vale no discutir. En su lugar, saco la artillería pesada.

—Mami dijo que yo podía ir.

Silencio.

Los labios de abuela se aprietan y forman una línea fina mientras yo salgo a la caseta a buscar las bicis, pero ella no se da por vencida fácilmente.

—Cerciórate de ir por las calles menos transitadas. La gente conduce como maniáticos —me grita y se envuelve el suéter y se lo ajusta incluso más.

—OK.

—Y no pierdas de vista a los niños. No los dejes solos ni por un minuto. Tú sabes cómo ellos son.

—Apura el paso —le susurro a Lena.

—Y hazlos bajarse de las bicis para cruzar las calles con más tráfico.

—¡Comprendido!

—Y mira a ambos lados en la esquina.

—Por supuesto.

—Y envía un mensaje de texto...

—...cuando llegue al parque.

—Y que no se te olvide...

Me doy la vuelta, exasperada.

—Abuela —digo—. ¡Yo estoy en séptimo grado! Además, Lolo está pasando frío aquí.

Me frunce el ceño. Las dos sabemos que se supone que yo no les lleve la contraria a los adultos.

—Esta juventud... —dice y niega con la cabeza. Luego le toma la mano helada a Lolo y lo ayuda a entrar.

Lolo siempre ha sido quien ha dado las instrucciones de montar bici en la familia, pero no para los mellizos. Eso es otra cosa que cambió.

El año pasado, Lolo y papi me llamaron al porche. Habían visto a los mellizos montar por el sendero alrededor de Las Casitas, tambaleándose en sus desequilibradas ruedas de entrenamiento que ya estaban gastadísimas.

—Creo que ahora tú eres la experta en bicicleta por estos lares —me dijo papi—. Además, tú eres la mayor de los hijos en casa. Es hora de poner a estos chamacos en dos ruedas.

Al principio los mellizos se opusieron. Lolo ayudaba a darles ánimo, pero era yo quien corría a su lado en vez de Lolo. Era yo quien los soltaba y los levantaba del piso cuando chocaban. Cuando le cogieron la vuelta, comimos paletas para celebrarlo tal y como Roli y yo hicimos al aprender. Me alegré por ellos, supongo. Y estaba orgullosa de que yo lo había hecho. Pero en realidad no era lo mismo que cuando Lolo estaba a cargo.

Los mellizos ahora son bastante buenos en sus bicis

de dos ruedas, si me preguntan. El parque solo está a unas cuadras de distancia, así que tampoco es tan lejos para que monten hasta allí. No es nada lujoso como *Sugar Sand Park* en Boca, a donde los llevamos el año pasado en su cumpleaños a que montaran el carrusel hasta que les dio mareo. Pero al menos podemos venir aquí en bici por nuestra cuenta cuando queremos salir de nuestro patio. Cuando Lolo solía venir, traía una enorme bolsa de pan viejo para alimentar a los patos criollos a pesar de que un letrero dice que no lo hagamos. Pero ha pasado un poco de tiempo desde que él se ha sentido lo suficientemente fuerte como para caminar hasta aquí. Y ahora hay una nueva regla de los Suárez que otro adulto también tiene que estar con nosotros. Nadie —ni mami, ni papi, ni abuela, *ni* tía— jamás dice sí a que él venga con nosotros por sí mismo.

Cuando llegamos, ya hay algunos muchachos aquí, sentados en los bancos cerca de la cancha de baloncesto para niños. Son del vecindario, pero en realidad no somos amigos más allá de decirnos hola. No sé cuándo pasó, pero en esencia me he vuelto una desconocida para los niños de por aquí. Esto comenzó cuando mami y papi decidieron hace unos años que a Roli y a mí nos hacía falta «la maravillosa oportunidad educativa» que ofrece Seaward Pines Academy en Palm Beach. Así que yo ahora no conozco a sus maestros o su mascota o ninguna otra cosa acerca de

ellos. Hoy solo reconozco a una niñita en el grupo: la que tiene el impermeable fino. Creo que ella baila en el programa de después de la escuela en el que tía enseña.

Saludo con la mano al pasar. Mi bici luce en talla, como siempre, y ellos me miran fijamente, lo que más o menos hace que me sienta peor. En Seaward, me encantaría que los niños se fijaran en mi bici, pero lo cierto es que las tuyas son mejores que la mía. Sin embargo, siempre que monto por acá, alguien me suelta un cumplido por mi bici o si no tan solo se queda mirándome..., como ahora. Hago lo posible por no aparentar que me estoy luciendo porque sus bicicletas están mayormente oxidadas por el salitre, al igual que mi bici vieja. Papi siempre me dice que guarde mi bici en la caseta para que se mantenga en buena forma, pero a mí se me olvida constantemente.

Nos guío hasta una higuera de Bengala al otro lado del camino y parqueo mi bici.

—Vamos a echar una competencia —le dice Tomás a Axel.

—Un momento. —Se me sale esa gracia de niña más grande de la familia—. Manténganse alejados del canal y monten donde yo los vea —les digo.

Axel saca la lengua.

—Lo digo en serio.

Cuando arrancan la marcha, los miro por un minuto

para cerciorarme de que hacen lo que les dije. Entonces Lena y yo nos ocupamos de lo verdaderamente importante.

—Primero mira. Es bastante simple —dice Lena.

Arranca en su monopatín y se desliza suavemente por el sendero como si flotara. Luego se vuelve hacia mí y se impulsa con el pie en varias ocasiones para ganar velocidad. Cuando parece que va a chocar conmigo, echa su peso hacia atrás y un lindo montón de chispas sale de la parte trasera de la tabla de metal, como si fuera una lluvia de meteoritos. Tiene razón. Es casi como Jake Rodrigo cuando sobrevuela por encima de un criminal intergaláctico que está a punto de arrestar.

—Buenísimo —digo—. Déjame probar.

Pongo el pie derecho donde Lena me dice y tomo impulso. Al principio me va bien, pero cuando intento echar chispas por los frenos, me tambaleo y me tengo que bajar.

—Estás retorciendo el manubrio —me grita Lena desde donde está parada—. Mantenlo recto y relaja los hombros y las manos.

Lo vuelvo a intentar y después de tan solo un tambaleo menor, voy a toda máquina. *Jefatura central a capitán Rodrigo*, me digo a mí misma. *¿Está ahí?, ¿nos escucha?*

¿Es tonto fingir cuando una tiene doce años? ¿Hay alguien que todavía haga eso? Me impulso mientras manejo de regreso a Lena e imagino que floto a la par

de Rodrigo como su lugarteniente. Cuando estoy a unos pocos metros de distancia, me recuesto hacia atrás en el freno tan duro como puedo, tal y como ella hizo. Las chispas vuelan y parece que el fuego sale de la tabla.

—Eres una bestia —dice Lena con una sonrisa.

—¡Quiero probar de nuevo!

Y en efecto. No sé cuántas veces nos turnamos en el monopatín después de eso. Pero la diversión no dura. Un grito que hiela la sangre hace que nos demos la vuelta.

Es Axel.

Está al otro lado del sendero de las bicicletas, aullando en el suelo. Él y Tomás de algún modo se han despetroncado en las bicicletas.

Me les acerco a pie y Lena me sigue en su monopatín. Cuando llegamos a ellos, la cara de Axel está cubierta en sangre. Hilos de un rojo brillante gotean desde su boca a su camisa. También tiene un rasponazo grande en la barbilla y está lleno de tierra y piedrecitas que van a doler cuando se las quitamos al limpiarlo. En la barbilla le está saliendo tremendo chichón. Tomás luce asustado, pero al menos él no se hizo daño.

El corazón me palpita a todo galope en el pecho. La sangre siempre me pone a punto del desmayo. Cuando a los niños en la escuela les sangra la nariz, se me agua la boca y me comienzan a zumbiar los oídos. En casa,

mami es quien cura a la gente con su botiquín de primeros auxilios.

—¿Qué pasó? —pregunto e intento mirar a otra parte.

Pero Axel no me escucha, producto de sus propios gritos. Me da un manotazo cuando intento desabrocharle el casco y escupe un coágulo de sangre cerca de mis zapatos.

—¡Deja de lanzarme golpes! —le digo en medio de su perreta—. Tengo que ver.

Lena le revisa las manos a Tomás y les echa agua para enjuagárselas.

—Ni un rasguño —dice—. Pero me parece que ya sé lo que pasó —señala a sus manubrios, donde los mellizos han amarrados sus bicis entre sí con las mangas de sus chaquetas.

—¿Jugaban otra vez a los rancheros? —pregunta.

Miro a la evidencia, exasperada.

—¿Qué les dije respecto a simular que enlazan terneros en las bicis? —grito.

Axel aúlla aun más alto. Obviamente, yo no soy esa influencia tranquilizadora que mami es durante las emergencias. Suspiro profundamente mientras trato de pensar.

Entonces noto algo en el suelo donde escupió Axel. Es un incisivo ensangrentado.

—Mira, Axel, se te cayó el diente cuando te caíste. —Lo recojo del suelo para mostrárselo.

El pecho todavía le jadea debido a los hipidos, pero se tranquiliza un poco. Mueve la lengua por lo que ahora es un espacio vacío.

—El ratón de los dientes va a venir —dice Lena—. Te va a traer dinero.

Axel intenta calmarse, pero tiene los ojos rojos y el labio se le inflama cada vez más.

—¿El Ratoncito Pérez? —dice entre espasmos.

—Creo que sí —responde Lena, y me mira atentamente para cerciorarse. Su familia es de Filipinas, al igual que lo era el padre de Lolo. A Pérez allá simplemente lo llaman el ratón de los dientes.

—*Por supuesto* que el Ratoncito Pérez —digo. Es asombroso lo rápido que tienes que pensar a la hora de ponerte al día con los cuentos para estos dos. Les he tenido que explicar que el hada de los dientes, el ratón de los dientes y Ratoncito Pérez son todos primos lejanos que recogen dientes en equipo. Y ni me hagas que empiece con lo de que Papá Noel y los Tres Reyes Magos son amiguetes.

—Él definitivamente vendrá esta noche —digo—, pero solo si dejas de llorar. Tiene unos oídos muy delicados. Los ruidos le dan miedo.

—¿Me va a dejar algo a mí también? —pregunta Tomás.

—¿Y tú perdiste otro diente? —pregunto.

Enseña la dentadura, pero todas sus perlas blancas están en donde corresponden.

—Lo siento, Tomás. Ya a ti te pagaron por tu diente cuando lo perdiste el año pasado, ¿te acuerdas? Pérez tiene unas reglas muy estrictas.

Al instante, veo que he dado la respuesta incorrecta. El labio le empieza a temblar y patear unas piedrecitas en dirección a Axel.

—Eso no es justo —dice.

—Sin dar patadas —digo.

—¡No es justo! —dice de nuevo y patear más duro. Y entonces escupe a mis pies.

—¿Qué es lo que tú quieres, Tomás? Ahora y aquí mismo ¡yo te podría aflojar algunos de tus molares si quieres!

—Merci —dice Lena.

Respiro profundo, del modo que se supone que haga cuando quiero estrangular a uno de los dos. No soy tranquila del modo que Lena siempre lo es. No soy buena con niños chiquitos, como Hannah. Yo solo estoy harta. Esto es cuando odio ser la nueva hija mayor en nuestra casa. ¿Cómo se supone que sepa qué tengo que hacer?

—Tenemos que arreglarle a Axel la barbilla lastimada Tomás —digo—. A Ratoncito Pérez no le va a gustar si lo dejamos aquí desangrándose.